Ori y los años perdidos

De Egipto a Nazaret



Ángel Francisco Sánchez Escobar

Ori y los años perdidos

De Egipto a Nazaret

Ori y los años perdidos

De Egipto a Nazaret



Ángel Francisco Sánchez Escobar

@Ángel Francisco Sánchez Escobar
Semíramis Publicaciones, 2026
Maquetación y diseño de interior: Beatrice - Servicios Editoriales
Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción, transmisión o almacenaje de cualquier parte de este libro de manera o medio alguno, sin previa autorización del autor, exceptuando el uso de citas breves para reseñas periodísticas.
El autor ha hecho todo el esfuerzo para asegurarse de que la información de este libro sea exacta y completa.

Siguiendo las huellas de Ori

Alejandría: un lugar seguro.....**9**

Un regalo… y una decisión.....**11**

De vuelta a Nazaret.....**13**

Un amigo, un hermano… y el taller.....**15**

Su quinto año: algo que nadie veía.....**17**

Su sexto año: preguntas que despiertan.....**19**

Su séptimo año: nieve y susto.....**21**

Escuela y horizonte.....**23**



Alejandría: un lugar seguro

Mi padre siguió leyendo.

Jesús era muy pequeño cuando llegaron a Alejandría. Allí, por fin, pudieron vivir tranquilos. María había pasado tanto miedo antes, que no quiso destetarlo hasta sentirse completamente a salvo.

Vivían con parientes. Y José encontró trabajo enseguida. Primero como carpintero. Después lo pusieron al frente de muchos obreros que construían un edificio público. Allí empezó a pensar que, cuando regresaran a Nazaret, quizá podría ser constructor.

Pero lo más importante no era el trabajo. Era María. Siempre pendiente. Siempre vigilando. Había otros niños con quienes Jesús podía jugar. Al principio, María no quería dejarlo. Temía que algo le ocurriera. Pero comprendió algo difícil: proteger demasiado también puede encoger el corazón. Y lo dejó crecer como cualquier niño.

Durante dos años en Alejandría, Jesús estuvo sano y fuerte. Reía. Corría. Aprendía palabras nuevas. Y casi nadie sabía que era "un niño de la promesa".



Un regalo… y una decisión

Antes de marcharse, unos amigos se reunieron para despedirse. Le regalaron a Jesús algo muy especial: una copia completa, en griego, de las Escrituras. Era un tesoro. Un libro que no muchas familias podían tener.

Pero también les pidieron que se quedaran en Egipto. Pensaban que allí Jesús podría hacer más bien al mundo. Aquella propuesta los hizo dudar. No era solo una ciudad. Era el futuro del niño. Por eso tardaron un poco en irse, incluso después de saber que Herodes había muerto. Al final partieron.

En barco hasta Jope. Y de allí a Belén. Pasaron un mes pensando. Orando. Conversando en voz baja cuando Jesús dormía. María sentía que Belén era el lugar adecuado. José temía por la seguridad del niño y prefería Galilea.

Hablaron durante semanas. Y decidieron volver a Nazaret. Salieron un domingo temprano. María y Jesús iban sobre el animal. José caminaba con varios parientes.

Yo me los imagino avanzando en silencio. A veces, las decisiones grandes no hacen ruido. Solo caminan.



De vuelta a Nazaret

Llegaron al cuarto día. Sin avisar. Ni la familia sabía que ya habían salido de Alejandría. Su casa llevaba años ocupada por un hermano de José. Al verlos se sorprendió mucho. Al día siguiente se mudó.

Y por fin María pudo vivir en su propia casa desde el nacimiento de Jesús. José encontró trabajo en pocos días. Jesús tenía tres años y dos meses. Estaba fuerte. Y feliz de tener un lugar donde correr.Aunque a veces echaba de menos a sus amigos de Alejandría.

Entonces decidieron algo importante: no contar a nadie que Jesús era “un niño de la promesa”. Algunas verdades crecen mejor en silencio.



Un amigo, un hermano… y el taller

Jesús crecía como un niño normal. Hizo un gran amigo: Jacob. Jugaban juntos todos los días. Después nació su hermano Santiago. Jesús podía pasar horas mirándolo, como si estuviera contemplando un misterio pequeño.

José construyó un taller cerca de la fuente, donde pasaban las caravanas. Allí trabajaba la madera, el cuero, la soga. Y él escuchaba. Escuchaba a los viajeros hablar de lugares lejanos. De mares enormes. De ciudades con murallas altísimas.

Aprendía sin moverse. Pero un verano llegó una enfermedad al pueblo. Las puertas se cerraban más temprano. Las conversaciones bajaban la voz. Había menos risas en la plaza.

María se asustó y se llevó a sus hijos a la granja de su hermano, al sur. Estuvieron allí dos meses. Y a Jesús le gustó aquella vida entre campos y animales. Descubrió el olor de la tierra mojada. El silencio de la madrugada. La paciencia de sembrar y esperar.

A veces, el miedo también nos lleva a descubrir cosas buenas.



Su quinto año: algo que nadie veía

Cuando Jesús tenía casi cinco años, ocurrió algo que no se ve con los ojos. Fue su primera decisión moral verdaderamente personal. Y en su interior comenzó a despertarse un don del Padre, como una luz silenciosa que modela el pensamiento desde dentro. Jesús no fue consciente de ello.

Ese mismo año nació su hermana Miriam. Y Jesús se alegró muchísimo. Le gustaba hacer preguntas. Muchas. Sobre la vida. Sobre cómo nacen los seres. Sobre por qué las cosas son como son.

Desde los cinco hasta los diez años, Jesús fue una pregunta caminando. A los cinco años, según la costumbre, su educación pasó formalmente de María a José. Pero María siguió enseñándole en casa: a cuidar plantas, a hacer mapas en la arena, a escribir con paciencia.

Jesús crecía sano. Normal. Pero por dentro… siempre estaba buscando.



Su sexto año: preguntas que despiertan

Jesús ya leía en arameo y empezaba con el griego. En casa tenían aquel libro especial de las Escrituras en griego. Era raro tener algo así. Un día hubo un pequeño terremoto. Jesús preguntó por qué. Y José respondió:

—No lo sé.

Aquello fue importante. Jesús empezó a descubrir que sus padres no lo sabían todo. Y sus preguntas crecieron.

Ese año vino Juan con sus padres. Jugaron juntos en la azotea. Jesús comenzó a interesarse aún más por la historia de su pueblo. Cuando oraba, después de las palabras enseñadas, decía que quería tener "una pequeña charla con mi Padre que está en los cielos".

Hablaba con Dios como con alguien cercano. Y eso era muy suyo.



Su séptimo año: nieve y susto

Ese año nevó como casi nunca. Nazaret amaneció cubierta de blanco. Los tejados, los caminos y las colinas parecían nuevos, como si el pueblo hubiera despertado dentro de un sueño silencioso. Jesús estaba maravillado.

Miraba cómo el paisaje cambiaba de color y cómo el ruido del mundo se volvía más suave bajo la nieve. Salió a tocarla con las manos. Reía al verla deshacerse entre sus dedos. Con Santiago y otros niños, amontonó la nieve en el patio del taller.

Primero una bola pequeña. Luego otra más grande. Y terminaron levantando una figura redonda y torpe que parecía sonreírles. Fue un invierno distinto. Un invierno que olía a madera húmeda y a aire limpio.

Pero cuando la nieve se fue y regresaron los vientos del desierto, llegó un susto. Un día, en medio de una tormenta de arena, Jesús cayó por las escaleras del taller. No fue grave. Pero el susto fue grande. María volvió a sentir ese miedo antiguo, ese miedo que solo conoce el corazón de una madre.

Ese mismo año nació otro hermano: José. La casa seguía llenándose de vida. De risas. De cuidado. Y de pequeños temores que el amor aprendía a abrazar


The spirit of the
Lord is upon me...

Escuela y horizonte

A los siete años empezó la escuela en la sinagoga. Se sentaban en el suelo. El maestro delante. Aprendían la Ley, los Profetas, los Salmos. Jesús ya sabía dos lenguas. Ahora aprendía hebreo. Era constante. Y muy curioso.

Escuchaba a los visitantes que hablaban en la sinagoga. Nazaret era un lugar abierto, y eso le ayudaba a pensar. Cuando cumplió siete años eligió una frase del profeta Isaías como guía: "El espíritu del Señor está sobre mí…" No la entendía del todo. Pero sentía que esas palabras tenían algo que ver con él.

Los sábados, José lo llevaba a las colinas. Desde allí veían montes, valles y el mar a lo lejos. Jesús aprendía en la escuela. Pero también aprendía mirando el horizonte. Y escuchando.